

Adriana Strupp

**DANIELA**  
**LA OTRA HISTORIA**



**Daniela,**  
**la otra historia**

*Lic. Adriana Strupp*

**Título original “Daniela, la otra historia”**

**Foto de tapa: Tamara Liberman**

**Diseño de tapa e interior: Lic. Adriana Strupp**

Para comunicarse con la autora:

[adrianastrupp@yahoo.com.ar](mailto:adrianastrupp@yahoo.com.ar)

[www.adrianastrupp.com.ar](http://www.adrianastrupp.com.ar)

Queda hecho el depósito que marca la ley N. 11.723

ISBN 978-987-33-7987-1

## **Agradecimientos**

**Quisiera de corazón agradecer a las doctoras Susana Fuxman, Laura Milgram e Irene Chelger, por haberme facilitado material teórico e histórico y luego haber leído críticamente este libro al igual que la Dra. María Luisa Ageitos quien corrigió el manuscrito final.**

**¡Gracias!**





## PRÓLOGO

*Esta "otra historia" escrita sencilla y cálidamente introduce en un relato interesante y emotivo el preocupante tema de los trastornos alimentarios: bulimia y anorexia que han tomado en nuestro país características alarmantes.*

*Nuestros jóvenes, blanco fácil de una publicidad agresiva, no controlada y movida exclusivamente por intereses comerciales, no sólo ha incrementado el consumo de alcohol, de drogas, de sexo inseguro, de noche, si no que son incitados permanentemente a un obsesivo culto al cuerpo, que reposa la felicidad y el éxito en la figura exterior: cuanto más flaco y más alto; mejor.*

*Los padres, las familias, agobiadas en la lucha por la subsistencia, deben competir en la transmisión de valores con los repetidos mensajes musicalizados y a todo color de los medios masivos de comunicación: televisión, prensa escrita, radio, publicidad callejera. El amor de los padres, humanizante por excelencia, es rápidamente mediatizado por la parafernalia exterior cuando el niño progresa en su socialización y se incorpora a la escuela, al barrio, a la "barra", a la "pandilla". La familia acosada y exigida en un "debe ser" y un "dejar hacer" no siempre fáciles de equilibrar, es víctima también de la*

*sociedad de consumo. Pero, ¿tenemos armas para resistir? Esta novela con su anexo de trabajo reflexivo, encuestas, conexión con la realidad lo intenta. El conocer y analizar es la primera etapa del modificar conductas y del resistir las exageradas presiones ambientales que atacan a los jóvenes, especialmente a las mujeres y sobre todo a las residentes en zonas urbanas.*

*Los docentes y los padres también podrán enriquecerse de esta lectura y quizás interactuando entre sí, darse fuerza para resistir tantos embates. El apoyo y la participación de pediatras y otros profesionales del equipo de salud puede contribuir al armado de una red de interesados y motivados padres que sean apoyo de sus hijos y estén abiertos a la comprensión y sean fuertes para resistir y puedan al mismo tiempo ser continentes efectivos y afectuosos de sus hijos y de los jóvenes de su comunidad, que siempre son un maravilloso presente y un esperanzado futuro.*

*La innovadora técnica de esta "novela para pensar" es pronóstico de su utilidad y por ende su seguro éxito.*

*Dra. María Luisa Ageitos*

*Médica Pediatra*

*Licenciada en salud Pública*



## Prólogo

En una época en que todas las corrientes psicológicas y educativas parecieran apuntar hacia el crecimiento personal, basándose en que todo ser humano debe sentir respeto por el otro, reconocimiento y aceptación del otro tal como es; parece hasta insólito, que como contrapartida, los medios de comunicación, a través de una publicidad perversa, contrapongan modelos de belleza exterior estereotipada, para alcanzar el éxito en cualquier situación de la vida.

En Daniela, la otra historia, aparecen como una de las tantas consecuencias de estos dobles mensajes, dos enfermedades de cuidado: bulimia y anorexia.

Adriana Strupp con un lenguaje sencillo y claro, toca profundamente nuestra sensibilidad con este relato, pero no se queda ahí: a través de actividades para reflexionar, nos conduce hacia el concepto de prevención.

En síntesis, un libro útil, atractivo para todos aquellos que a partir de la pubertad, quieran participar y multiplicar el mensaje de la autora: lo ÚNICO esencialmente valioso que tenemos, en nuestra VIDA; lo educable: nuestra persona interior,

**para poder acceder al goce de compartir y amar, que no es otro que el de VIVIR EN PLENITUD.**

**María Clara Pecorelli  
Directora del Colegio Piaget  
de San Isidro, Pcia. de Buenos Aires**



## CAPÍTULO 1

*Querido diario:*

*Hoy lo viví con claridad. En la clase existen dos grupos muy bien delimitados: uno es el grupo de los piolas, los exitosos, los lindos (especialmente ellas), los que siempre están acompañados y por supuesto enormemente felices.*

*El otro grupo, al que yo pertenezco, es el de los tontos, fracasados, feos e invariablemente solitarios.*

*¡Qué no daría yo por pertenecer al grupo de los piolas!*

*No me atrevo ni a soñar con ser invitada a alguna de sus salidas.*

*No, con que sólo me saluden.*

*Con que sólo se den cuenta que existo... con que algún día noten que mi nombre no es "la gorda" sino Daniela.*

*¡Todo daría por ser aceptada!*

*¡Todo!*

*¡Hasta mi vida!*

## CAPÍTULO 2

— ¡Doctora Wercman! ¡Doctora Wercman! — llamaba el altoparlante del hospital — ¡Doctora Wercman, urgente preséntese en Emergencia!

— ¡Se le va el pulso! — gritaba un médico.

— ¡Disminuye la presión arterial! — agregaba.

— ¡Colóqueme el respirador! ¡Masajes cardíacos! ¡Muévanse! ¡Se nos va! ¡Inyecte! — seguía el médico de guardia cada vez más nervioso, más desesperado

— ¡Controle sus movimientos oculares! ¡Vamos nenita linda! ¡Vamos, no te vayas! ¡Respirá! ¡Respirá...! ¡Fuerza carajo! ¡Dale, respirá!

¿Linda? ¿A mí me estaban hablando? Pensaba Daniela mientras luchaba contra la muerte.

¡Claro que no quería morir! ¡Eso era un malentendido!

— ¡La presión arterial sigue disminuyendo! — gritó el ayudante de guardia.

— ¿Qué tomaste? — le preguntó el médico creyendo que no podría obtener respuesta alguna de Daniela — ¿Qué tomaste?

### CAPÍTULO 3

— Che gorda, vos que sos buena en redacción, ¿no querés escribir la mía también? ¡Dale, es que tengo que ir a...!

Como Daniela no contestaba sino que la miraba boquiabierta...

— Bueno, si no querés dejá, total ¡qué me importa sacarme un cero más!

— ¡No! ¡Sí! ¡Claro que te la escribo! Me encanta hacer algo para vos.

— Eso es ser una buena amiga ¡gracias! — dijo la otra dándole un beso rápido en la mejilla — lo que pasa es que las chicas me esperan para salir y llego tarde.

¿Puedo ir? Quiso preguntar pero no se animó.

Eran las cuatro de la tarde y el timbre señalaba el fin de otro tortuoso día para Daniela. Otro día había pasado sin que ese terrible sentimiento de inadecuación la abandonara. Siempre, por lo menos en el colegio, se sentía como sapo de otro pozo.

Ya en la calle la invadía esa desagradable pero aliviadora sensación de anonimato. A nadie le importaba su presencia. Tampoco en el colegio, pero... nadie esperaba ser saludado o invitado en la

calle, en cambio en las largas horas de clase, nunca dejaba de esperar.

Esperaba un milagro.

Así como en los cuentos los sapos se convertían en gallardos príncipes al ser besados por la bella princesa, así esperaba Daniela convertirse en una agraciada señorita. Pero ¿quién sería el príncipe que se atreviera a besar a una gorda como ella? Nadie en su sano juicio lo haría. Por ende, nadie jamás descubriría que bajo esos kilos de más, vivía una chiquilla inteligente, apasionada, creativa y buena, buena como el pan casero.

Con estos pensamientos llegó a su casa. Tiró las cosas del colegio sobre una silla y fue directamente a la cocina a prepararse la merienda. No sabía por qué, pero la tristeza siempre le daba hambre. Y mientras más comía, más triste se ponía. Cuando terminó el frasco de dulce de leche, el queso crema, las seis tostadas y el licuado de bananas, se sintió tan pesada que se acostó a mirar la tele. Estar sola en la casa no le gustaba nada, así es como inmediatamente decidió que un paquete de papas fritas podría ser buena compañía.

— ¡Nena! ¿Cómo podés comerte todo un paquete de papas?

— ¿Y a vos qué te importa? — contestó Daniela.

— A mí no me importa para nada, a vos debería importarte. ¿Acaso no te das cuenta que nadie te quiere? Nadie quiere estar con vos. Si seguís así, nunca vas a conseguir novio. Ningún chico puede interesarse por una gorda como vos. Hasta a mí me da vergüenza que seas mi hermana. No nos parecemos en nada ¿serás de otra familia? — escupiendo esto último con mucha sorna tomó su bolso y partió al gimnasio.

Martina, un año menor que ella, era hermosa, alta, rubia y esbelta. Todos los chicos morían por ella. Salir con Martina y que los demás lo supieran era el gran premio del colegio. A los muchachos parecía no importarles su mal humor, sus desplantes y sus aires de princesa. Estoicamente soportaban todo maltrato. En realidad no tan estoicamente pues la mayor parte de ellos más temprano o más tarde, recurría a Daniela en busca de ayuda. No era mucho lo que ella podía hacer ya que Martina jamás la escuchaba, sin embargo los muchachos se sentían reconfortados y especialmente cómodos contando sus penas a Daniela. Ella los consolaba y les daba el lugar que Martina jamás les hubiera concedido, el lugar de personas que sufrían. A decir verdad todos querían



mucho a Daniela y contaban con ella para soportar los malos tragos.

— Gorda, tenés que ayudarme — pedía Juan.

— ¿Sí? — respondía Daniela solícita.

— Quiero invitar a salir a tu hermana pero no me animo y...

Juan no iba a ser ni el primero ni el último en acudir a “la gorda”.

Ella los recibía bien, los invitaba con licuado de bananas y durante horas se sentaba a la mesa de la cocina escuchando sus pesares.

Si lo hubieran pensado dos veces, no habrían recurrido a Daniela pero el mal de amores como ustedes saben, deja a los chicos un poco tontos.

Después de largas horas Juan se iba.

— ¡Sos un fenómeno gorda! — Juan no lo dijo con mala intención, sin embargo a Daniela le dolió profundamente.

Otra vez quiso decir “me llamo Daniela” pero otra vez como las anteriores calló.

— No sé qué hubiera hecho sin vos, me siento feliz, me devolviste la vida — y dándole un beso partió.

Martina nunca se enteraba de estas charlas. No las hubiera entendido ni permitido.

– ¡Uy! Se hizo de noche y no escribí las redacciones.  
Mejor me apuro.

Daniela entró a la cocina, juntó el desorden que quedaba y sirvió el resto del licuado en un vaso que llevó a su escritorio para tomar mientras escribía su redacción y la de Carola.

## CAPÍTULO 4

— ¡Jueves! ¡Malditos sean los jueves! — dijo Daniela apagando el despertador de un manotón. Sólo si llovía su humor no se trastocaba los jueves. Simplemente los odiaba. Los jueves tenían GIMNASIA. Si todos los días se sentía “inadecuada”, los jueves se sentía todavía mucho peor.

— ¡Malditos sean estos equipos, estos estúpidos equipos de gimnasia! — gritaba frente al espejo mientras se calzaba la ropa de deporte.

A pesar de que todos los años tenían un profesor o profesora distintos, todos o casi todos parecían haber salido de la misma obtusa escuela. Todos, elegían cada clase a dos “capitanas” que luego elegirían a sus compañeras de equipo.

A Daniela la situación se le asemejaba al mercado de ganado o de esclavos. Las capitanas estudiaban con celo a quienes elegirían. Una a una iban llamando a las chicas. Todas sentían enorme alivio al ser nombradas para unirse a las filas.

Quedar última era de lo peor.

Daniela era siempre la última en ser elegida.

Es más, la única en no ser elegida.

¿No podían alguna vez echarlo a la suerte, tirando los dados o eligiendo el palito más largo? ¡No! Siempre elegían a las capitanas y luego... la amarga espera de ser el último orejón del tarro ¿Por qué lo harían así? ¿Será que en el profesorado les enseñan a ser perversos? ¿Será que los obligan? ¿O será que los que ahora son profesores de gimnasia nunca estuvieron en el lugar del último, del despreciado?

Nadie quería tenerla en su equipo porque “la gorda” era terriblemente torpe. No es que la torpeza fuera su naturaleza sino que intentaba moverse poco para que no se notaran sus rollos, para que no se rieran tanto de ella. Casi todos los jueves decía estar descompuesta. Nadie le creía, pero nadie quería que estuviera en su equipo, así que aceptaban sus descomposturas sin chistar.

Pero ese jueves iba a ser peor que los otros. Lo había presentido al despertar a la mañana. Había querido faltar a clase pero ya no tenía faltas disponibles, estaba a punto de quedar libre y tener que rendir todos los exámenes a fin de año, no era buen negocio. Así que haciendo de tripas corazón, se vistió y partió hacia el colegio.

Ese día tenían simulación de campamento. No tuvo forma de escabullirse. Lo primero que hicieron fue dividirlos en grupitos de a seis para las carpas. Por suerte, esto se hizo milagrosamente por orden de lista.

A pocas cuerdas del colegio, cerca del río, situaron el campamento.

Cada uno de los cinco grupos de seis chicas, debía levantar su carpa, elegir un nombre, confeccionar una bandera, inventar un himno y defender su territorio de alguna forma posible. Les dieron toda la mañana para esta primera parte del programa. Si les quedaba tiempo, debían construir baños, duchas o cocinas con ramas o cualquier cosa útil que encontraran a orillas del río.

El compañerismo y el buen humor reinaban en el campamento.

También Daniela se sentía feliz. Ella era muy ingeniosa y con unas ramas, un pedazo de soga y una latita a la que le hizo agujeritos, más una balde viejo que encontró tirado, fabricó una ducha espectacular. Luego, con dos compañeras, juntaron ramas secas de los alrededores para fabricar el cerco de defensa. Si bien sufrieron pequeños rayones que sangraban un

poco (por las ramas secas), se sintieron muy orgullosas.

Las otras del grupito se habían ocupado de la bandera y el himno. Al terminar la mañana, hinchadas de orgullo por la tarea realizada, cada grupo preparó su almuerzo: salchichas pinchadas en puntas de ramas, doradas al fuego de un pequeño fogón y como postre, mandarinas.

Después de media hora de descanso, las profesoras de gimnasia las llamaron con los silbatos.

Todas juntas hicieron un “tour” por cada uno de los pequeños campamentos. Todas habían trabajado realmente mucho y se notaba. Habían inventado además de la ducha de Daniela, un inodoro, una mecedora, un asador y todo tipo de utensilios. Cantaban su himno y despleaban su bandera.

Al terminar el paseo, las volvieron a convocar para explicarles el juego que seguiría: La Guerra.

Cada una de las alumnas debía atarse una cinta de un color específico a la cintura dejando una punta suelta. La forma de matar era quitándole a las compañeras de los equipos contrarios, esa cinta. El objetivo del juego era: matar y destruir.

Matar y destruir sin límites.

Sin leyes.

Sólo matar y destruir.

Les dieron cinco minutos para preparar su ataque y defensa y luego a la orden del silbato comenzaría la guerra.

— ¡Esto es una locura! — dijo Daniela — con el trabajo que nos dio.

— Es un juego que no tiene nada de malo — contestó una compañera.

— ¿Y si intentáramos hacer tratados de paz con cada uno de los otros grupos? — siguió Daniela.

— ¿Qué te pasa? ¿Tenés miedo de que rompan tu duchita o es que por tu gordura crees que no vas a poder correr y esconderte a tiempo como para que no te maten? — dijo una tercera burlándose de Daniela.

Daniela quiso dirigirse a los profesores para explicar su punto de vista pero el sonido fuerte y autoritario del silbato llegó antes que ella.

— ¡No! ¡Paren! ¡No rompamos todo!

Tarde, muy tarde pues ni bien escucharon el silbato salieron todas como una horda salvaje a matar y destruir. No les llevó ni cinco minutos acabar con todo. Al cabo de los cuales intentaron dilucidar quién había ganado.

— Nadie — susurró Daniela para sí — Nadie.

Sólo dos chicas aún conservaban puestas sus cintas.

— ¡Trampa! — gritó una — ¡yo la había matado! Ella se volvió a poner la cinta.

— ¡Mentira! — se defendió la acusada.

Y así siguieron un buen rato hasta que la profesora llamó a orden.

— Ganaron “Las Comanches” — decretó la profesora dando por finalizado el juego.

¿Ganaron? — pensaba Daniela — todas perdimos, todas. Pero no se atrevió a hablar en voz alta, pues sabía que nadie la escucharía y sólo sería acusada de mala compañera o mala perdedora.



## CAPÍTULO 5

El sábado por la mañana Juan apareció nuevamente en casa de Martina. El sabía que ella ya había salido para el gimnasio. Iba tres veces por semana dos horas y los sábados por la mañana cuatro. Estar en línea con un cuerpo perfecto requería de mucha, muchísima dedicación. No bastaba con comer poco, había que moldear y tornear cada uno de los músculos cuidadosamente.

— Gorda ¿cómo te va? — saludó afectuosamente.

— Bien gracias, Martina no está — agregó.

— Sí, lo sabía, por eso vine.

¿Habrás venido por mí? — se atrevió a pensar.

— Necesito que me ayudes otra vez. Resulta que hoy es el baile del... — Juan siguió hablando sin notar que a Daniela se le habían llenado los ojos de lágrimas. “¿Cómo había sido tan torpe de pensar que Juan podía venir por ella? ¡qué tarada!”, pensaba...

— Y tu hermana todavía no me contestó si acepta mi invitación — continuó el chico inmutable — sé que lo hace a propósito. Ella es así, como una princesa, nos tiene a todos pendientes. Y vos sabés lo importante que es este baile.

— ¿Nunca se te ocurrió pensar que...

— ¿Qué?

Que quizás también sea importante para mí que alguien me invite alguna vez, que me encanta bailar, que me muero porque sean corteses y dedicados conmigo, que sufro quedándome sola en casa que...

— ¿Qué?

Por supuesto que no se atrevió a decir todo lo anterior, sólo lo pensó.

— ¿Qué? — volvió a preguntar Juan muy intrigado.

— Que si te hicieras un poco más el interesante como para que ella...

— Ni pensarlo, lo tomaría como una ofensa — respondió Juan muy rápido — Si dejas de estar pendiente, seguro que otro se me adelanta y chau. Pero hay otra cosa que quiero hablar con vos si me prometés no contárselo a nadie.

— ¡Seguro!

— Ni siquiera sé por dónde empezar.

— ¿Qué te parece si por el principio? ¿Preparo un mate con bizcochitos?

— ¡Dale!

Por casi dos horas conversaron sentados en la cocina. De una sola vez y sin respiro Juan le contó todo a Daniela. Ella escuchaba con muchísima atención y

haciendo algunas preguntas para lograr entender un poco mejor. La situación era realmente muy complicada ¿cómo podré ayudarlo? pensaba Daniela.

— Ya se me va a ocurrir algo — dijo Daniela como para calmar a su amigo pero sin tener la menor idea de qué hacer.

Y al tiempo que decía esto, movida por un impulso irrefrenable lo abrazó.

Cálidamente.

Fraternalmente.

Juan no sólo se dejó abrazar, sino que sin pensarlo sus brazos rodearon estrechamente a Daniela y como una criatura herida apoyó su cabeza sobre el hombro de Daniela.

Como un relámpago sus sensaciones fueron cambiando.

¿Las de quién?

Era difícil, muy difícil responder a esto. Jamás habían sentido algo así anteriormente pero sin recelo se entregaron cuando...

— ¡Qué bonito! ¡Encontrar a la gorronda de mi hermana abrazando a MI pretendiente! Decididamente debés ser adoptada. “MI” hermana jamás haría algo así.

Quisieron explicarle pero no les dio tiempo. Dando un portazo se fue.

Abrió el grifo de la ducha dejando correr el agua hasta que se calentara. Mientras tanto se desnudó dejando su ropa sudada de tanto ejercicio, tirada en el rincón del baño. Alguien ya la levantaría. Mirándose al espejo sonrió satisfecha al observar a la esbelta muchacha que le devolvía la sonrisa. Se bañó meticulosamente, luego se secó, se pasó crema y comenzó a probarse ropa ¿qué se pondría para el baile de la noche? Tenía que estar descomunal, mejor que nunca. Quería herir a Juan con su mejor arma: su belleza.

## CAPÍTULO 6

Desde la ventana Daniela admiraba el cielo itan bello! Una brisa fresca entraba a la habitación. Sintiendo frío se abrazó a sí misma. Su propio roce la estremeció y amargas lágrimas corrieron por sus mejillas.

Alí estaba itan sola! Y la noche era tan hermosa.

Todos habían ido al baile. Todos menos ella que no había recibido invitación alguna.

Con una enorme barra de chocolate se acostó en su cama para paliar la soledad mirando tele. Miraba hipnotizada, sin ver, hasta que una propaganda la despertó de su sopor.

“Una chica delgada, se tiraba a una pileta en traje de baño. Su reflejo (detenida la imagen) le decía: ¿con esos rollitos vas a hacer el amor?”

Esto lo confirmaba todo. No había dudas al respecto. Juan la quería, se lo había dicho su abrazo, sin embargo: no la amaba. ¿Quién podía amar a una tonelada de grasa? De un solo pantallazo esa propaganda aclaraba toda la situación. Para ser amada, lo que se dice amada, tenía que ser flaca. Nunca lo había pensado con tanta nitidez. Este

mundo, el de los aceptados por todos los grupos, el de los exitosos, el de los piolas, era el mundo de los flacos. No importaba cuán buena o inteligente fuera. Para ser alguien, tenía que ser flaca.

Rápidamente anotó el teléfono y la dirección que ofrecía la pantalla. Mañana, pensó. ¡No! ¡Hoy mismo! Y por primera vez en su vida tiró lo que quedaba de chocolate a la basura.

En el baile Juan observaba la pista. Decididamente Martina era una vez más la reina de la noche. Bailó con todos pero especialmente sola. Esto lo notaba Juan por primera vez.

Martina bailaba sola.

Los demás eran sus satélites, su escenario donde ella podía brillar como la única estrella.

Toda la noche pensó en Daniela. Tuvo ganas de llamar para invitarla pero le pareció muy estúpido. ¿Qué era lo que le hacía sentir así? No lo entendía.

Salió a caminar por los jardines y mirando al cielo pensaba ¡qué hermosa noche! ¡Qué especial se sentía! ¡Qué solo se sentía!

Cerró los ojos para sentir con más profundidad lo que sentía.

La quietud le trajo frío y el frío le trajo el recuerdo del abrazo.

— Che ¿tenés frío? ponete mi chal — y sin esperar respuesta lo abrazó al intentar abrigarlo.

Por segunda vez en el mismo día, Juan se dejó abrazar pero... no abrazó. El frío de Martina lo apartó.

— No, gracias, no tengo frío — dijo mientras le devolvía el abrigo.

— ¿Cómo puede gustarte Daniela? — Lo increpó riéndose a carcajadas — si es una mole de grasa — decía Francisco burlón. Pero no pudo terminar de decir lo que pensaba porque la trompada de Juan lo había doblado de dolor. Francisco era hasta un segundo antes su mejor amigo, pero nadie que se burlara de Daniela podía serlo.

— ¿Tendré fuerzas para defenderla siempre? — se preguntaba en voz alta mientras volvía a su casa — ¿y si todos se burlan de mí? ¿Valdrá la pena?

## CAPÍTULO 7

Era tradición en el colegio la elección de dos reinas o dos reyes. Una era a la belleza y la otra a la mejor compañera o compañero.

Estas elecciones se celebraban el 21 de Septiembre, Día de la primavera y del Estudiante.

Muchas veces había estado Martina como candidata al trono de la belleza pero nunca había llegado su coronación. Este año se había hecho el firme propósito de lograrlo. Para ello trabajaba muy duro sobre su cuerpo.

Cual artista que esculpe con amor y pasión su obra maestra, Martina moldeaba cada uno de sus músculos con precisión infinita. Esto requería de un enorme trabajo. Pasaba muchísimas horas en el gimnasio, frente al espejo e intentando equilibrar su dieta. No debía sobrarle ni un solo gramo. Pero como esta dieta no la supervisaba profesional alguno, carecía de nutrientes básicos.

Martina estaba débil, su piel sumamente seca y su pelo se resquebrajaba. Incluso, sus bellísimos ojos habían perdido su brillo.



Todos sabemos que si hubiera comido bien: cereales, nueces, almendras, y variadas verduras cocidas y crudas, jamás hubiera tenido que gastar un solo peso en cremas para la cara y el cuerpo. Tampoco su pelo hubiera necesitado tratamiento de belleza intensiva pero Martina estaba tan, pero tan preocupada por lo que la balanza acusaba que poco le importaba su salud real. Y bien sabemos que la piel es el reflejo de nuestra salud. Todas sus comidas eran “diet”, “light”, el azúcar era sistemáticamente reemplazado por sacarinas.

Sus brazos parecían ramitas de árbol a punto de quebrarse. Igual aspecto tenían sus piernas y el resto de su cuerpo.

Usaba talles de niña y no de señorita, aunque las casa para adolescentes tenían muy en claro que para estar de “onda” y vender bien, su talle más grande debía ser el 42. Y si por casualidad una chica apenas un poco menos escuálida que sus congéneres, deseaba llevar “esa” marca de ropa, se veía expulsada de la boutique con un “como para vos no tenemos nada” dicho como un insulto a sus gramos de más. ¿De más?

En síntesis, no era Martina la única que parecía haber enloquecido sino la sociedad en su conjunto.

Porque ¿qué sentido tiene realmente la elección de la reina de la belleza?

¿Cómo se define La Belleza?

En las épocas de Rubens, la belleza eran las caderas voluminosas, los bustos generosos y los vientres rollizos. Hoy pareciera ser justamente lo opuesto.

Entonces ¿Qué es la belleza?

Acaso las narices operadas, los rellenos, las aspiraciones, el agregado de siliconas, el estiramiento de la piel, los labios hinchados ¿hablan de belleza? No, sólo hablan de... mejor no lo digo. Aunque sí lo digo ¡los premios deberían otorgarse en todo caso a los cirujanos que las operaron!

Y la o el mejor compañero se elegía tomando en cuenta las actitudes y buenas acciones de todo el año. Esto era mucho más fácil de definir. La bondad no tiene modas ni épocas.

La mayor parte de los pibes la tenía muy clara, ser bueno era ser bueno y punto. Sin historias. Lo difícil era determinar cuál de todas las buenas acciones era la mejor.

Faltaba justo un mes para el gran día, el día de las elecciones.

## CAPÍTULO 8

El lunes transcurrió como siempre. En los recreos todos comentaban acerca de las novedades del fin de semana. No era mucho lo que Daniela tenía para contar, pero, también como siempre, unida a su grupo de compañeras escuchó atentamente los relatos de los demás. Como se había quedado conversando en el aula, al llegar a la confitería del colegio escuchó un relato ya empezado:

— ...y nos sabés la piña que le dio — decía una de las chicas.

— Sí, lo dejó doblado en dos — agregó otra.

— ¿Quién a quién? — preguntó Daniela interesada.

— Juan a Francisco.

— ¿A francisco? Pero si es su mejor amigo — respondió confundida.

iiiiiiiiiiiRIIIIIIIIIINNNNNGGGGGGGGGGGG!!!!!!!!!!

El timbre de entrada a las aulas dio por terminada la conversación.

En la prueba de matemáticas le fue muy bien y como siempre ayudó a las compañeras que tenía cerca.

En el recreo siguiente quiso investigar un poco más acerca de la pelea de los chicos, pero nadie parecía saber el motivo. Decidió ir directamente a las fuentes. A la salida del colegio caminó junto a Juan hasta la parada del 60 y le preguntó.

— Che ¿por qué te peleaste con Francisco?

— Por nada, por nada — contestó Juan sabiendo que a Daniela no le gustaría saber lo que Francisco dijo de ella. Lo que no pensó, fue que le hubiera encantado saber que él la había defendido.

— Cambiando de tema ¿te acordás lo que te conté el sábado por la mañana?

— Sí, claro, y además estuve pensando un poco.

— ¿Qué?

— Que yo creo que esos chicos no deben ser más malos que nosotros sino que no tienen probablemente otra alternativa y que si pudiéramos ayudarlos...

— ¡Qué fácil! — contestó burlón — ¿y cómo?

— Esto no es tan simple. Yo pienso que nos atacan porque nos tienen miedo, como una defensa.

— ¿Qué tomaste?

— No te burles, lo pienso en serio. Miralo así: los chicos de la calle no van a la escuela como nosotros, sus padres no pueden trabajar como los nuestros

porque justamente no fueron ni siquiera a la escuela primaria, entonces ganan muy poco dinero entonces no les alcanza para mandar a sus chico a la escuela a estudiar sino que necesitan que les ayuden a ganar o “conseguir” dinero y así se va cerrando el círculo que se repite una y otra vez de generación en generación. Así como es fácil encontrar que de un padre médico sus hijos también sean médicos, es fácil encontrar que el hijo de un botellero sea botellero ¿entendés?

— ¿Sabés que tenés razón? Nunca lo había pensado así isos una genio!

— El problema ahora es, qué podemos hacer nosotros para ayudar.

— No se me ocurre. No podemos darles dinero a los padres ni un trabajo mejor ni...

— ¡Ya sé! — interrumpió Daniela — podemos enseñarles a los chicos a leer y escribir, un poco de matemáticas y un poco de todo como para que puedan después buscarse un trabajo sin tener la necesidad de robar o maguear\*.

— Decididamente sos una genio y ¿cómo lo vamos a hacer?

— Eso no lo pensé todavía pero ya se me va a ocurrir.

— Ahí viene tu colectivo.

— Bueno, chau — dijo dándole un beso en la mejilla.

Los dos sintieron esa electricidad, esa que no se puede explicar pero que se siente por todo el cuerpo. ¿Habrás sentido lo mismo que yo? se preguntaba Daniela sin saber que Juan también lo había sentido y dudaba igual que ella.

## CAPÍTULO 9

- Mamá itenés que hacer algo!
- ¿Qué pasa?
- Tu hija se volvió loca ¿estás segura que no me mentiste y ella es adoptada?
- ¿Qué decís Martina?
- ¿Sabías que tu hija, la genio, tiene pensado enseñarle a los chicos de la calle a leer y escribir?
- No, no lo sabía pero viniendo de ella, tampoco me extraña y ¿por qué te preocupa tanto?
- Porque lo quiere hacer aquí, en nuestra casa, en esta cocina, en esta mismísima mesa donde estamos sentadas ahora.

La madre no sabía qué responder a Martina, así que optó por no decir nada. La idea no le gustaba del todo pero tampoco tenía argumentos contundentes como para contraponerse a la idea de Daniela.

Quien sí encontró argumentos fue el papá.

- ¿Y si le hacen pasar un mal rato? ¿Y si intentan toquetearla? ¿Y si se roban algo?
- Pero papá, no son delincuentes, son solamente chicos pobres.
- Es lo mismo — respondió Martina.

— ¡Claro que no es lo mismo! — dijo Daniela enojadísima y levantando el tono de voz.

— Es cierto que no es lo mismo pero puede serlo — era la madre quien dudaba.

— ¡Déjame intentarlo! — pidió Daniela — si veo que se pone feo...

— Si veo que se pone feo ¡nada! Yo no quiero comer en la misma mesa que unos chicos piojosos — dijo exaltadísima Martina.

—Entonces tendrás que comer en tu cuarto — respondió la madre sin haberlo siquiera pensado, le salió del alma y se sintió contenta con su pensar.

Más tarde, ya en la cama Daniela le contaba a su amigo el diario:

*“Querido amigo, hoy sí que la cosa se puso buena. Por primera vez, por lo menos que yo recuerde, mis viejos se pusieron de mi lado. Mamá le hizo un corte de rostro a Martina que no se podía creer. Me sentí tan bien. Por una vez destronaron a la reina. Hasta mi vieja estuvo conmigo. Tendrías que haber estado allí. Por una vez no fui el patito feo de la casa. Me defendieron como si yo fuera el cisne. ¿Qué tal? Bueno, te dejo. Besos de tu amiga fiel. Daniela*



## CAPÍTULO 10

Una vez tomada esta decisión, Daniela y Juan salieron en busca de alumnos. No era para nada fácil convencer a los chiquilines de la calle. El argumento de que de esta manera conseguirían luego mejores trabajos, no les llegaba para nada. Ya estaban a punto de tirar la toalla cuando Daniela ofreció:

— Hagamos un trato, al que viene a mi casa a aprender y cumple con los deberes, le voy a pagar con un licuado de bananas o con una chocolatada.

— ¿Sin joda?\* — preguntó un mocoso que le llegaba apenas a la cintura.

— ¡Sin joda! — contestó seria pero revolviéndole el pelo.

— Bueno ¿cuándo empezamos?

— Ahora ¿está bien?

— No — dijo un pibe como de 12 años — no te creo. Además yo soy muy duro y las letras no me entran. Pidiendo, tirando unas pelotitas al aire gano más y...

— Creeme, que el día que sepas leer y escribir, vas a poder conseguir un buen laburo\* y no vas a tener que andar por ahí magueando\* ni cirujeando\*.

— ¿Tenés algo contra los cirujas\*? Mirá que mi viejo es ciruja pero rehonesto. Jamás se afaná\* nada y si sabe que me agarro algo que no es mío, me revienta a patadas.

— Entonces tengo razón.

— Para nada. Ni pienso laburar. Manguear es más fácil.

— Sí, ahora mientras sos chiquito y enternecés a la gente. Cuando crezcas un poco más, nadie te va a dar nada.

— Además ¿quién te lee las historietas? ¿No te gustan? — ese fue Juan.

— Claro que me gustan, yo miro los dibujitos.

— Yo tengo muchas revistas, si querés te enseño cómo leerlas y después si me prometés que me las devolvés, te las presto.

— ¿En serio?

— Sí.

— ¿Y si me voy y no te las devuelvo? — preguntó desafiante.

— Te embromás, porque te llevarías una, pero ya no podrías leer las otras que tengo porque no te las prestaría ¿o te creés que soy gil\*?

Que Juan no fuera ningún tonto le gustó al muchachito y dijo:

— Me parece que nos vamos entendiendo — y le dio un empujón amistoso.

— Yo me tengo que ir a laburar — dijo uno.

— Yo también — dijo otro.

Antes de que Juan y Daniela pudieran decir algo, ya se habían ido.

— Bueno ¿quién quiere licuado? — preguntó Daniela antes de que se fuera algún otro.

— Yo.

— Yo también.

— Bueno, andando entonces.

— ¿Adónde? — preguntó el más chiquito.

— A mi casa, allí vamos a enseñarles y a merendar.

Juan y Daniela caminaban a buen paso. Los chicos venían un poco más atrás, sin embargo Juan llegó a escuchar como el muchacho más grande les decía a los otros entre dientes cerrados:

— Ojo como se portan, al que toca algo de la casa de la señorita, lo reviento ¿entendieron? ¡Lo reviento!

Silvestre era el mayor, el de las historietas y parecía ser la cabeza del grupo. No era el más inteligente pero quizás, por ser el mayor o el más alto, los demás aceptaban sus órdenes.

Esto es para tener en cuenta, pensó Juan.

Así fue como este extraño grupito llegó a la casa de Daniela. Ella ya había preparado sus libros de primer grado, unas cuantas hojas, lápices y su pizarroncito de cuando jugaba a la maestra.

Cuando Martina entró, encontró a los muchachitos prestando atención a Juan y a Daniela y la mesa llena de vasos vacíos y migas de galletitas. Sin decir nada y poniendo cara de estar oliendo algo feo se retiró.

El primer día les enseñaron las cinco vocales y las letras M y P.

Cuando los chicos comenzaron a parecer cansados, Daniela dio por terminada la clase. Antes de irse, los chicos ayudaron a lavar los vasos y dieron las gracias de corazón.

— Bueno, si les gustó, los esperamos mañana a las 5 de la tarde para tomar más licuado — dijo Daniela.

— Hasta mañana y ¿las revistas?

— Mañana te traigo una de mi casa, no la tenía preparada — contestó Juan.

— Pero no te olvides — dijo guiñándole un ojo cómplice y se fueron.

— Estuviste fantástica ¡qué bien que los tratás! Como si supieras cómo se siente un bicho raro, porque vamos a admitir que no somos iguales, como si tuviéramos distintos códigos.

— No creo que sea tan distinto. Quizás en su forma, en su cáscara pero no en su contenido. Sentirse sapo de otro pozo debe ser igual de feo para cualquiera y tomar un buen licuado debe ser igual de rico para cualquiera ¿no te parece?

— Puede ser y decime ¿servirá realmente lo que estamos haciendo?

— Claro.

— Digo que si creés que sirve como para ir cambiando nuestra sociedad.

— ¡Eh! ¡Qué pretencioso había sido mi amigo!

— Fuera de chiste ¿servirá?

— ¡Claro que sí! o vos te creés que las cosas cambian sólo a lo grande. Son como pequeños granitos de arena que vamos aportando.

— ¿Y van a volver? — seguía preguntando Juan muy ansioso.

— Seguro — contestó Daniela — pero basta con esperar a mañana para saberlo con certeza.

Grande fue la sorpresa cuando al día siguiente a las 5 en punto, llegaron los chicos. Ya no era sólo tres sino cinco. Silvestre había traído a sus dos hermanos menores.

— Pueden quedarse éno? — preguntó sin dar lugar a una negativa pues ya los había hecho sentar en la cocina — Estos son inteligentes, vas a ver qué rápido que aprenden, además les encanta el licuado de bananas — y sin decir más, sacó de su bolso bananas que entregó a Daniela — Tomá, para agregar a la jarra.

Era cierto, los chicos aprendían realmente rápido y con muchas ganas. En pocas semanas se habían aprendido casi todo el abecedario, a sumar y restar. Sin discusión, Daniela había asumido el papel de maestra y Juan el de ayudante.

## CAPÍTULO 11

Faltaban muy pocos días para el Gran Día.

Martina vivía obsesionada. Su vida transcurría en el gimnasio. Al colegio apenas asistía hasta que un día...

— Alumna Martina — decía la directora del colegio — ¿qué pasa con usted?

— ¿Por? — respondió displicente.

— Estamos a mediados de Septiembre, faltan casi tres meses para que termine el ciclo lectivo y ya se está quedando libre de faltas. Además, no está rindiendo. Hemos conversado con casi todos sus profesores y todos opinan igual. Usted está como ausente, estando o no sentada en el aula. Ya tiene un par de materias que ni con diez recuperaría, las tiene directamente reprobadas ¿qué pasa con usted? ¿Dónde está cuando no está aquí?

— En el gimnasio — respondió con honestidad.

— ¿En el gimnasio? ¿Y qué hace allí todos los días?

— Esculpo mi cuerpo ¿acaso no lo nota? Seré la próxima reina de la belleza.

— ¿Esculpe su cuerpo? — preguntó anonadada.

— Sí, exactamente lo que oyó ¡esculpo mi cuerpo! Nadie va a poder arrebatarme el trono este año.

— Pero Martina — decía ahora la directora con más cariño — en la vida existen muchas cosas. Por supuesto que ser linda es lindo, si me permite la redundancia, pero eso no lo es todo. Existen otro tipo de valores, mire a su hermana.

— ¿A esa mole de grasa?

— ¿Mole de grasa? Estoy hablando de una persona — respondió indignada.

— Pero ¡por favor! Ni me la nombre como ejemplo. Ella será muy buena, muy inteligente, todos la quieren sin embargo ¿sabe lo que hace los sábados a la noche? Mira la tele comiendo chocolate. Será muy buena pero nadie la invita a salir. Es tan tonta como inteligente. Ni siquiera se da cuenta que para existir en este mundo hay que ser primero hermosa, lo otro se verá.

— ¿Quién le ha dicho tantas tonterías juntas a usted?

— La vida me lo muestra, las películas ¿acaso vio usted alguna vez una protagonista fea o gorda? ¿Acaso en alguna propaganda, de lo que sea, aparecen toneles como ella? No, y si aparecen es para estar en el lugar del tonto o del inocente. Jamás en un buen papel. Ni siquiera Juan, su mejor amigo, la invita a salir los fines de semana y corre como hipnotizado detrás de mi belleza.



- ¡Exactamente! Usted lo está diciendo “como hipnotizado” pues el día que despierte del hechizo...
- Para cuando despierte, vamos a estar paseando nietos mi querida directora – y diciendo esto último, dio media vuelta y se fue.

## CAPÍTULO 12

Todo el colegio estaba siendo empapelado con las fotos de los candidatos a los dos tronos.

Todavía quedaban dos días para presentar las postulaciones. Para el concurso de belleza, la presentación era personal, pero para el mejor compañero o compañera, había que ser presentado por otra persona, nadie podía postularse a sí mismo. Ese medio día, había Asamblea General en la confitería del colegio.

Casi todos estaban allí cuando Juan, que por lo general no intervenía, levantó tímidamente su mano.

— Tiene la palabra — dijo el presidente del club estudiantil.

— Quiero postular a alguien para el trono a la mejor compañera.

El silencio inundó la confitería ¿otra postulación más? Si ya estaban los de siempre ¿quién sería el candidato?

— Considero que Daniela merece la corona.

— ¿Daniela la gorda? — preguntó un bromista de mal gusto.

Juan cerró los puños con firmeza, una sola palabra más y le hacía tragar sus propios dientes. En lugar de eso y respirando profundo contestó:

— Daniela, la maestra Daniela.

— ¿Cuál maestra? — preguntó una chica intrigada.

— Daniela, la hermana de Martina, está enseñando a un grupo de chicos... y con lujo de detalles les contó la silenciosa dedicación de Daniela hacia sus alumnos.

— ¿Se metió con los piojosos? — preguntó una chica con cara de estar oliendo caca — ¡qué asco!

— ¡Retírese! — ordenó de lleno el Presidente del club estudiantil.

— ¿Cómo? — preguntó asombrada.

— Este club no admite discriminaciones así que ¡retírese! Continúa Juan por favor.

— No es mucho lo que tengo para agregar. Sé que ella no se estuvo dedicando al colegio especialmente, pero considero que su obra es un poco más importante y trascendente que organizar rifas para juntar fondos para el viaje de egresados. Estoy firmemente convencido que debería llevar la corona a la mejor compañera. Ella nos enaltece a todos. — Diciendo esto último se sentó.

Por un instante reinó el silencio hasta que el timbre de llamada a clase los devolvió a la realidad.

Daniela había quedado postulada y aceptada su postulación. Luego, la votación que era secreta, determinaría quién asumiría el trono.

Esa noche, después de enterarse que había sido postulada, Daniela escribe en su diario:

Querido amigo:

“No lo puedo creer. Me propusieron para el trono a la mejor compañera. Yo, la gorda, la inservible. La que siempre está sola ¿Mejor compañera de quién? Obvio, de la comida.

Y mientras escribe, abre un paquete de galletitas y come, al tiempo que sigue escribiendo.

Ni siquiera Juan me ve. Anda ahí como un tarado con la lengua afuera baboso por Martina ¡Ojalá hubiera nacido en otra familia! Tener una hermana de cuerpo perfecto es un castigo. Y encima es linda. ¡Cómo me gustaría ser ella! Todo es fácil en su vida. Lo tiene todo regalado, todo de arriba.”

## CAPÍTULO 13

— ¡Esto es un atropello! — gritó indignadísimo el padre de Lucrecia a la directora del colegio.

— ¿Un atropello? ¿De qué está usted hablando?

— ¡Vamos, usted sabe exactamente de qué estoy hablando! ¡De esto! — gritó mientras señalaba con su índice en alto el afiche que postulaba la elección de Daniela — Bien sabe usted que Lucrecia ha estado trabajando fervorosamente por el colegio, organizando los bingos de beneficencia y representando a este establecimiento educativo en los salones de más alta alcurnia y...

— ¿Y? — la directora sospechaba adónde quería llegar pero no quería dar nada por sobre entendido.

— Por generaciones este colegio ha sido cuna de grandes. Grandes científicos y especialmente hombres y mujeres del quehacer nacional y...

— ¿Y? — volvió a preguntar esperando que el señor Sánchez Orona lo dijera con todas las letras.

— ¿Cómo permite usted esto?

— ¿Qué cosa? — preguntó tirándole aún más de la lengua.

— Esta demagogia barata hacia las clases inferiores que confunde y aturde los ideales de nuestros chicos. Ya no les alcanza con hablarles de SIDA y drogas ¡No, ahora quiere meterles esto en la cabeza! Le advierto, señora directora ¡reconsidere! — y sin decir más, tomó su maletín de cuero de chanco y partió sin saludar.

Aunque me cueste el puesto, aunque tenga que tirar por la borda 25 años de duro trabajo, llevaré estas elecciones adelante democráticamente y serán los alumnos quienes decidan — pensó temblando de rabia contenida.

## CAPÍTULO 14

— Las candidatas deberían desfilan en traje de baño  
— decía Martina hablando en tercera persona como si ella no estuviera involucrada.

— ¿Por?

— Porque las prendas, por más estrechas que sean, jamás revelan la verdad, la verdad de los músculos armoniosamente trabajados.

— Es cierto lo que decís, pero dudo que nos permitan desfilan así en el colegio.

— Pues entonces desfilemos en otro lugar ¿qué tal la pileta cubierta del club? Hermosa pasarela podríamos armar allí.

— ¿Y cómo convencemos primero al club para que nos preste la pileta y luego a las autoridades del colegio?

— Yo me encargo del club — dijo Martina con picardía trayéndose algo entre manos.

— En ese caso a nosotras nos restaría convencerlos en el colegio.

— Si las cosas quedan así planteadas... ¡manos a la obra! ¡Chau!

— ¿Adónde vas?

— Adiviná — dijo yéndose.

No fue mucho el esfuerzo que Martina tuvo que hacer para convencerlos. Nada mal les venía un poco de publicidad. Además estaban seguros de que Martina sería la vencedora del certamen. Ellos habían esculpido su cuerpo músculo por músculo. Martina había trabajado duro, pero no lo hubiera logrado sin la ayuda profesional del club. Y poder mostrar a tan selecto grupo de padres y alumnos las instalaciones y los resultados de las mismas, no era oportunidad para despreciar. Es más, armarían por cuenta y cargo del club la pasarela y donarían las medallas y la gran copa.

Convencer a las autoridades del colegio no fue tan fácil pero, cuando oyeron que el club se ocuparía de la pasarela, de las gradas y de los premios, sintieron el alivio de dejar por una vez la organización en otras manos.

Lo que no les convenció mucho fue que desfilaran en traje de baño pero... siendo que estarían al borde del natatorio, no se vería ilógico.

Así, en menos de 48 horas, se resolvió todo. Martina sabía que no perdería la corona si desfilaba en su



pequeño pero alucinante bikini. Los enloquecería a todos. Especialmente a Juan.

Ese atardecer, al salir a correr sus diez kilómetros diarios, Martina pensaba; claro, Daniela sí que la tiene fácil. Es gorda y punto. Todo el mundo sabe que es gorda y listo. No le cuesta ningún esfuerzo ser gorda. Al contrario, puede darse el lujo de disfrutar de la comida y no como yo, que tengo que medirlo todo, pesarlo todo y dejarlo todo. ¡Controlarlo todo!

Algunos ingenuos creen que se nace linda ¡já! ¡Si supieran lo que nos cuesta! Porque vamos a admitirlo, esta siluetita no vino de arriba, no me la regaló nadie. Claro, que si yo tuviera la inteligencia y la bondad de mi hermana, sería distinto. Pero en realidad, para qué le sirven. Estoy segura que llora todas las noches. Anda más sola que un hongo. Hasta Juan, su mejor amigo y el que la propuso para mejor compañera, anda detrás de mí como un baboso ¡puaj!

## CAPÍTULO 15

Ajena a todo este ajetreo, Daniela seguía su vida de todos los días. No había estado del todo contenta al ver su fotografía pegada por todo el colegio pero cuando sus compañeros se acercaban para preguntarle sobre el trabajo de maestra, se sentía muy complacida de compartirlo. Muchos de estos compañeros estuvieron realmente interesados y querían formar parte de la cosa. Daniela no cabía en su asombro. Sin haberse hablado demasiado del asunto, se formaron varios grupitos de ayuda escolar o directamente de escolaridad inicial. Unos cuantos compañeros siguieron su espléndido emprendimiento y resultaron ser muy buenos maestros también ellos. Ya no había que pagarles con licuado de bananas. La voz se había corrido entre los chicos de la calle y llevados por Silvestre indiscutidamente la cabeza del grupo, acudían hambrientos de saber y dedicación.

— Necesitamos más espacio — dijo Juan.

— ¿Más espacio? ¿Para qué? — preguntó Daniela curiosa.

— Para enseñarles más organizadamente. Para que puedan tener recreos y jugar a la pelota. Para que no tengan que entrar siempre por la puerta de atrás y sentarse en las cocinas de nuestras casas.

— ¿Y qué sugerís?

— Estuve pensando que podemos hablar con la directora del colegio. Ella es muy comprensiva, sé que sabe de nuestro trabajo y sé que le va a encantar apoyarnos.

— ¿Y? ¡Seguí!

— Bueno, que quizás nos pueda prestar algunas aulas después de la salida escolar. Así vamos a tener pizarrones grandes y láminas y todo lo que usan para enseñarnos a nosotros. Además vamos a poder hacer partidos de minifútbol en los recreos que les demos y eso nos va a venir bien a todos ¿no te parece?

— Sí, sería fantástico mientras no me hagas correr a mí detrás de la pelota — dijo riendo — Yo creo que tenemos que seguir con grupitos de pocos chicos, es lo que los ayuda a aprender más rápido, porque así puedo darme cuenta de qué es lo que cada uno va necesitando y...

— Tenés cien por ciento de razón. Cada uno de nosotros va a seguir con sus alumnos, con la única

diferencia de que en lugar de las cocinas, vamos a usar las aulas ¿estás de acuerdo?

— Sí, pero qué te parece si hablamos primero con los otros chicos que están enseñando a ver qué opinan.

— Me parece muy democrático de su parte, Maestra Daniela — contestó con la admiración que siempre le inspiraba ¿Era sólo admiración?

Juan no podía definir bien qué era lo que sentía pero... algo especial era.

Así y todo, seguía corriendo detrás de Martina como perrito hambriento.

Martina le prestaba la atención suficiente como para tenerlo detrás, pero no la suficiente como para tenerlo a su lado.

Todos parecían darse cuenta de esto menos Juan, que vivía enceguecido. Quien más sufría esta situación era Daniela y para mitigar tanto dolor, tanta desesperanza, tanto vacío que apretaba sus entrañas; comía. Comía y más comía. Más sola se sentía, más comía. De lunes a viernes todo parecía funcionar bien. Entre el colegio y el grupito de alumnos, las horas pasaban y bien, pero los fines de semana, en vano esperaba que alguien la invitara.

A Silvestre esta situación no le pasó inadvertida. Hubiera querido visitar a la maestra Daniela los fines

de semana pero se sentía inadecuado y un par de años demasiado joven. Ya iba a ver cuando creciera, sería su novio y se casaría con ella. Daniela era para Silvestre la mejor persona del mundo, por eso quería compartir su vida con ella. No entendía cómo Juan no se daba cuenta de lo que se estaba perdiendo. Juan que sabía leer, escribir y hacer cuentas difíciles, no se daba cuenta de lo tonto que era. Se perdía la mejor novia del mundo.

## CAPÍTULO 16

Tanto a la señora directora como a los otros “chicos—maestros” les pareció excelente idea la de trasladar a los alumnos y centralizar todo en el mismo colegio. Además la directora les ofreció ayuda, pero tratándolos realmente como a sus colegas. Casi casi podría decirse que con un poquitín más de respeto o quizás admiración. La labor de los chicos era sublime y la enorgullecía enormemente. Las semillas que había sembrado, brotaban y florecían.

Así, casi sin notarlo, llegó el día de la votación. El voto era secreto y las aulas habían sido transformadas en cuartos oscuros. Igual que en las elecciones a presidente de la Nación.

Si bien había varios candidatos a los dos tronos, Martina era la favorita para el trono de la belleza.

El trono a la mejor compañera o compañero se disputaba básicamente entre dos chicas: Daniela y Lucrecia. Las dos tenían cantidad de seguidores que fervientemente explicaban a los indecisos las buenas acciones de sus candidatas.

— Te digo que Lucrecia es la mejor — decía uno casi a los gritos — si no hubiera sido por ella, no habríamos juntado los fondos suficientes para el viaje de egresados.

— Además también organizó el bingo para juntar dinero para beneficencia.

— ¡Sí, claro! — contestó en tono burlón — juntó las migajas, porque para que todos fueran al bingo y pagaran la entrada, gastó tanto en comida y bebidas que si lo hubiera ahorrado sin preparar ningún bingo, hubiera juntado más dinero pero... ¡no le importó! Con tal de figurar, no le importó la verdad de los números.

— Pero trabajó ¡muchísimo! — la defendió una compañera.

— Es cierto, yo no quiero quitarle eso, pero debería haber sido un poco más honesta, un poco más humilde como...

— ¿Como Daniela estás por decir?

— Exactamente.

— Pero ¡por favor, ni me hables de ella! No se le ocurrió mejor idea que llenar nuestro prestigioso colegio con un grupo de delincuentes piojosos, que vaya uno a saber con qué martes 13 se van a salir un día de estos.

— ¿Estás loco? Daniela sólo quiere darles una oportunidad mejor, que puedan conseguir un buen empleo como nosotros dentro de unos años o que puedan leer los carteles de las calles sin perderse o contar su vuelto como que no estén a merced de los avivados de siempre.

— ¡Claro! Y después ¿quién va a hacer el trabajo sucio? — preguntó indignadísimo el señor Sánchez Orona — ¿acaso ella va a querer trabajar de mucama o basurera?

— Ahora entiendo un poquito más su sucia política — retrucó Juan exaltadísimo — Usted y los suyos, ahora antes y siempre, mantienen a un sector de nuestra sociedad en la pobreza, en la indigencia extrema y en la ignorancia para que exista siempre alguien que le pueda limpiar sus excrementos. Nadie que esté ocupado todo el día en trabajos forzados tiene “resto” como para pensar, ni los elementos para pensar y contrastar. Basta con regalarle a la gente un colchón o unas latas de leche en polvo un tiempito antes de las elecciones para “conseguir” votos que traicionarán de antemano y a sabiendas — Juan iba subiendo el tono agudo de su voz a la vez que las lágrimas de furia corrían por sus mejillas — ¡Usted es una...!



— ¡Juan! — quien lo llamaba al orden era Daniela —  
— ¡dejalo! No vale la pena que te pongas a su nivel ¿no  
te das cuenta que nada cambia así? ¿Qué ganás  
enojándote contra una pared? — Y lo arrastró del  
brazo hacia el otro extremo del patio — Dejalo y  
calmate, no es así como se hacen las cosas.

— ¿No? ¿Cómo entonces? — preguntó irónico,  
dirigiéndose a Daniela como nunca antes.

— Trabajando como lo estamos haciendo nosotros —  
contestó con paciencia y dulzura sin recoger la  
dolorida burla de su herido compañero.

— ¡No me digas! ¿Y quién va a recolectar la basura  
todas las noches? No ves que encima tiene razón.

— No, no la tiene — seguía Daniela — una vez leí que  
en otros países, el trabajo de recolector de basura  
está tan bien pago, que los estudiantes lo toman  
como trabajo alternativo y de paso hacen buen  
ejercicio físico al correr tantas horas. Es una  
equivocación pensar como todos los Sánchez Orona  
de nuestro país y del mundo. No es a través de la  
pobreza extrema que se consigue el propio bienestar,  
o la única forma de conseguirlo. No, no es así.

Existen otras formas, eso lo sé por seguro. Creeme.

Sólo seis chicos habían presenciado esta discusión entre Juan y el señor Sánchez Orona. Una de ellos era Lucrecia.

Lucrecia había crecido dentro de un círculo muy estrecho de gente e ideas. Su gente no era mala pero... esta discusión la dejó tambaleando. Ya no sabía bien qué pensar. Lo del bingo era cierto, tan cierto como los banquetes que organizaban renombradas instituciones mundiales para luego tirar algunas pocas migajas a los más necesitados, supuestos beneficiarios de ese mismo banquete. Y lo de su padre, bueno, en fin ¿cómo entenderlo? Lo que sí quedaba absolutamente claro, era que Daniela y todo su grupito de colaboradores, habían trabajado silenciosamente, arduamente para dar a otros chicos una oportunidad un poquito más justa. Recién ahora lo entendía así. Moviada por este impulso corrió hasta la dirección de la escuela, arrancando a su paso los afiches de las paredes que postulaban su candidatura.

— ¡Quiero retirar mi candidatura! — le dijo a la señora directora.

— ¿Cómo? — preguntó asombradísima.

— Sí. Quiero retirarme. La gorda merece este premio mucho más que yo. Ella y su grupo han trabajado

realmente fuerte y — aquí se le soltaron las lágrimas — me avergüenza no haberme dado cuenta antes. Es como si hubiera vivido en una burbuja, tan preocupada con tonterías que ino me di cuenta! — y llorando se abrazó a la directora en quien encontró cálido cobijo.

— Se llama Daniela — fue todo lo que le contestó mientras la abrazaba.

Nunca antes había sucedido algo así.

Al retirar Lucrecia su postulación ya comenzada la votación, tuvieron que tirar los votos al cesto de basura y empezar a votar nuevamente. Muchos de los que habían votado a Lucrecia, votaron en blanco como símbolo de protesta, pero otros muchos lograron entender lo que había ocurrido y votaban a Daniela con convicción y con ganas de formar parte del proyecto educativo.

Decididamente no eran los chicos de la calle los que más estaban “aprendiendo”. Esta experiencia estaba enseñando a los alumnos del colegio, a ser mejores personas, a poder mirar un poquitín más allá de sus propias narices.

Con todo este movimiento, la directora del colegio, recordaba con nostalgia sus ideales. Aquellos ideales que la habían impulsado a seguir Magisterio. Daniela le había devuelto esto y mucho más.

## CAPÍTULO 17

El recuento de votos iba a tener lugar en el gimnasio del club, una vez que hubieran votado allí a la reina de la belleza. Los resultados y los premios se entregarían frente a todo el alumnado y sus padres.

Todos vestían de gala pues al finalizar la entrega de los premios, comenzaría el baile del año con un clásico vals de apertura.

Tal como se esperaba, Martina y Daniela fueron coronadas reinas. Una por su indiscutible belleza y la otra como símbolo a la mejor compañera en un sentido más amplio.

Al finalizar los aplausos, el esperado vals se dejó oír. Las reinas abrirían el baile.

Juan, hipnotizado una vez más por la subyugante belleza de Martina, corrió casi a los tropezones para invitarla a bailar. Muchos intentaron llegar antes pero no lo lograron. También su padre perdió el honor de bailar el vals con ella. Todos los admiraban mientras daban incansables vueltas en la pista, sin notar que Daniela permanecía parada en el podio como congelada observando también ella la escena. Fue su madre quien logró despertar del hechizo y de

un empujón llevó a su esposo a bailar con Daniela, la reina.

La escena resultó patética.

Finalizados los últimos acordes del vals, el “disc-jockey” acopló con muñeca diestra un moderno rock. Todos salieron a bailar pero nadie con Daniela quien llorando silenciosamente se escabulló entre la multitud buscando la puerta de salida. No tardó en encontrarla y escapó escaleras abajo directamente a la calle. Una vez afuera corrió, corrió y corrió hasta quedar exhausta y rendida en el umbral de su casa. Entró y se dirigió a su dormitorio donde se tiró sobre la cama a llorar amargamente. Como nunca, la realidad la cacheteó duramente.

*Querido diario ¿ves? ¿ves? ¡No existo! Porque para existir, para ser alguien, tengo que ser primero  
¡¡¡FLACA!!!! ¡El mundo es de los flacos y lindos!*

Con desesperación abrió un paquete de papas fritas y lo devoró mientras lloraba.

*Ahora van a ver. Y vas a ver cómo me van a ver. Voy a ser tan flaca que...*

Al mismo tiempo, revolvía todos sus papeles para encontrar aquella anotación.

¿Dónde había anotado la dirección y el teléfono de la propaganda? ¿Dónde? Finalmente lo encontró y abrazando el papelito contra su pecho, dejó de llorar. ... *Ellos me van a ayudar a ser alguien ¡Alguien!*

*Chau y ya no te quiero porque nunca me dijiste la verdad, la única verdad que es que así gorda ino existo!*

*Daniela*

Mirando la tele sin ver y comiendo papas fritas cayó rendida en un sueño muy profundo.

Mientras tanto en el gimnasio del club, el baile estaba en todo su apogeo. Martina no había podido descansar ni un minuto. Todos querían bailar con ella. Incluso Juan, que en algún momento notó la ausencia de Daniela, pensó sin preocupación alguna “debe estar en el baño”.

Recién al promediar la noche confirmaron su ausencia, pero ya era tarde para averiguar. Todos muy cansados se fueron a dormir a sus casas. Mañana sería otro día. Lo que nadie sabía era cuán otro iba a ser.

## CAPÍTULO 18

— Vos no te preocupes por nada, quedate tranquila — decía una mujer con guardapolvo blanco muy ceñido.

— Pero ¿está segura que en esas cápsulas no hay anfetaminas? — preguntó Daniela dudando.

— Créeme, no son anfetaminas.

— ¿Entonces por qué no me dice lo que contienen? — insistió Daniela.

— Porque es un descubrimiento nuevo que hicimos y no queremos que otros lo copien.

Esta explicación no convenció a Daniela pero, estaba urgida por comenzar un tratamiento para adelgazar así que aceptó las condiciones sin más oposición.

Le dieron en un papel ya impreso, una dieta muy estricta que debería cumplir al pie de la letra. Además tenía que acudir al instituto tres veces por semana para que le envolvieran las distintas partes del cuerpo en unos paños fríos, para recibir masajes localizados y calzarse unas extrañas botas de presión.

Debía además tomar mucho líquido por día, por lo menos tres litros.

Las pastillas debía ingerirlas una hora antes del almuerzo y de la cena.



El tratamiento no era para nada barato pero Daniela contaba con ahorros. De tal modo que gestionó todo sin la intervención de su familia y por supuesto en secreto pues estaba segura que se opondrían. También, por sugerencia del instituto para adelgazar, se anotó en un gimnasio para ejercitarse una hora diaria, incluidos sábados y domingos. Buscó uno distinto al que iba su hermana Martina como para no tener que dar ningún tipo de explicaciones.

Ya al primer día notó que las cápsulas no eran para nada inocuas porque desde el vamos comenzó a hacer pis muchas veces por día, amén que perdió las ganas de comer.

Tanto Juan como los alumnetos, enseguida se dieron cuenta del cambio que iba surgiendo en Daniela. Muy pronto comenzó a perder peso. Se la veía realmente bien y muy activa. Trabajaba como nunca en cuanto a cantidad de horas y con el mismísimo buen humor que siempre la caracterizó.

Juan la admiraba silenciosamente cada día un poco más. Sin embargo seguía sin invitarla a salir.

Ahora no se atrevía.

Daniela notaba que perdía peso. Se pesaba todos los días, sin embargo seguía sintiéndose gordísima, tan

inadecuada como siempre. La ropa le colgaba por todos lados. Nunca le había sido fácil saber qué ponerse para salir de su casa. Antes de salir se probaba ocho millones de cosas, para terminar poniéndose siempre lo mismo. Decidir qué ponerse, era un tortura.

Al comenzar el tratamiento pesaba 80 kilos y ahora dos meses después, 50kg. Es decir que había perdido 30 kilos en sólo dos meses.

Tanto en su casa como en el colegio todos comentaban acerca de lo bonita que se la veía.

— Parece que finalmente decidió ser una mujer atractiva — decía contenta la madre.

— Sí — agregó el padre — pero es como si no le alegrara, como si no se diera cuenta de lo delgada que ya está. En realidad ¿no te parece que está comiendo muy poco?

— ¿Te parece?

— ¿Decían? — dijo Daniela entrando a la cocina.

— Que queremos felicitarte porque lograste una lindísima figura pero ¿no creés que se te está yendo un poco la mano\*?

— ¡Para nada! Me siento mejor que nunca además...

— Nena, no estarás tomando ninguna porquería ¿no?

— siguió la madre preocupadísima.

- Mamá cómo voy a tomar algo ¿no me conocés?
- ¿De qué hablan? ¿Qué porquería? – indagaba ahora el padre también muy preocupado.
- Lo que pasa es que algunas chicas se obsesionan y toman cualquier cosa con tal de adelgazar – le contestó Daniela para intentar tranquilizarlo.
- ¿Y vos? – siguió el papá.
- ¿Yo? Yo, soy más sana que el agua mineral.

Esa misma noche después de cenar, si a eso se le podía llamar cena, se tiró a ver un rato la tele. Como comenzaban ya los días más calurosos, las propagandas que invitaban a adelgazar se sucedían unas a otras. Una vez más habían salido al aire aquellas del instituto al que iba. El mismo reflejo en la pileta, de la misma chica de hace unos meses atrás, seguía criticándola “¿con esos rollitos vas a hacer el amor?”

¡Esto lo explicaba todo! Si la chica de la propaganda que era delgada era criticada y no amada... ella que seguía gordísima... eran los rollitos los que la separaban del mundo y especialmente alejaban a Juan, que cómo iba a amarla si seguía así.

Por lo tanto sin consultar a nadie, decidió intensificar por su cuenta el tratamiento. En lugar de 2 pastillas diarias, tomaría 4 es decir, agregaría una antes del desayuno y otra antes del té con limón que tomaba por las tardes. Como se le terminaron antes de finalizar el mes, corrió al instituto a comprar más. Nadie notó que su compra se adelantó 15 días.

Nadie se preocupó.

— Daniela, disculpá que me meta con tus cosas pero — el que hablaba era Silvestre — ¿te sentís bien?

— ¿Por?

— Te veo muy flaca ¿estás enferma? ¿Puedo ayudarte en algo? Vos sabés que podés confiar en mí ¿no?

— Sí, por supuesto que lo sé, pero la verdad es que no tengo nada malo, me siento muy bien y gracias por preocuparte.

Lo cierto era que a esta altura de las cosas ya no se sentía tan bien. Varias veces se había mareado pero no le había dado demasiada importancia. Esto le había sucedido en el gimnasio y lo atribuyó a cuestiones diversas. Por ejemplo a que ya no dormía bien como antes, le costaba horrores conciliar el sueño o a que en los últimos meses sus períodos menstruales habían cambiado un poco. Es más el

último mes aún no le había llegado. Ya llevaba quince días de atraso.

También le costaba un poco concentrarse en lo que estuviera leyendo pero como ya había terminado el ciclo escolar, no le dio más importancia que a lo anterior.

Sin embargo, a pesar de todo esto, se sentía llena de fuerzas y jamás faltaba al gimnasio. No parecían existir los matices. O era una “gorda chancha” que jamás movía un músculo, o hacía 300 abdominales seguidos a pesar de no haber comido más que media manzana como único almuerzo.

A esta altura de la situación, la madre comenzó a alarmarse y a suplicarle que comiera.

— Hija, tu dieta es insostenible, ni siquiera un pajarito podría sobrevivir así.

— Pero mamá ¿acaso no me ves que me siento genial? Además todavía tengo que adelgazar un poco más.

— Pero nena ¿te volviste loca? ¿Por qué no te mirás un poco al espejo? Tenés la piel horrible, toda seca, áspera y fría. ¡Hasta mi ropa te queda inmensa! ¿Adónde querés llegar? — la que hablaba ahora tan preocupada era Martina. Ella que siempre había estado cuidándose, se asustaba del aspecto de su hermana.

- ¿Por qué, te da envidia mi aspecto?
- ¿Envidia? Si pareces una que volvió de la muerte.

Daniela ya no quería escuchar más. Controlar cada gramo de lo que comía se había vuelto su obsesión y a la vez su satisfacción ante su propia capacidad de control. No iba a permitir que nadie ni nada se interpusiera en su camino. Como para dar la conversación por terminada agregó:

- ¿No les parece que si no sufro debo estar bien?

## CAPÍTULO 19

Al día siguiente, a la hora de la cena, la escena en casa de Daniela se hacía muy densa. El padre, cada vez más asustado ya no sabía qué hacer ni decir para que su hija comiera.

— ¡Tenés que comer! ¡Esto no puede seguir así! — dijo autoritario.

— Ya comí en casa de mi amiga — contestó intentando mantenerse tranquila.

— No te creo.

— ¡Qué bien! Ahora ni siquiera mi padre cree en mí. Mejor me voy.

— No, no es eso lo que tu padre quiso decir — agregó la madre intentando poner paños fríos a la conversación.

— ¡Es exactamente eso lo que quise decir! — gritó el padre — ¡y no me contradigas!

— ¡Basta! ¡Ya no discutan! ¡Me tienen podrida! Si querés — le decía la madre desafiándolo — si querés, me siento y vuelvo a comer ¿conforme?

Terminada la cena, Daniela corrió al baño y luego le contaba a su diario:

*Ellos quedaron conformes, pero yo... yo no. En parte sí, porque mientras yo comía se fueron aflojando pero ¿tener toda esa comida dentro mío? Dos platos de fideos ¡qué asco! Me cayeron remal. No podía ni controlar las náuseas. Así que corrí al baño. Después de vomitar volví a sentirme más liviana, vacía. ¡Se me había ido toda la panza! ¿Podré vomitar a voluntad? Si lo logro estoy salvada. No más discusiones con mis viejos. ¿Qué te parece? Ahora que sos el único que sabe la verdad... bueno, me voy a dormir, estoy muy cansada. Yo*



## CAPÍTULO 20

Como todos los años, Juan pasaba las fiestas de fin de año en la casa de sus tíos en Entre Ríos. Tenían una pequeña chacra en la que cultivaban lo necesario para la subsistencia de la familia y criaban codornices. La casa, de construcción típica de la zona, era sencilla pero sumamente acogedora.

Juan estuvo tentado de invitar a Daniela pero se sentía tan raro ahora con ella que decidió no hacerlo. Años anteriores la había invitado pero ella siempre se había negado. Lo que Juan no supo era que la negativa era porque le daba mucha vergüenza ponerse un traje de baño a sabiendas que la mayor parte del tiempo, la gran diversión era bañarse en las aguas del río Paraná.

Este año, por primera vez en su vida, esperando Daniela esta invitación, se había comprado una diminuta bikini.

En vano aguardó ser invitada pues Juan sólo pasó a despedirse. Aturdido por el extrañísimo aspecto de su mejor amiga:

— Bueno, ya nos vamos a Entre Ríos. Me están esperando en casa pero quise venir a despedirme y desearte un muy feliz Año Nuevo.

Y sin decir más la abrazó ¡qué extraño se sintió! Unos huesos puntudos se le clavaron por todos lados. Su amiga cálida como una almohada se había transformado en apenas piel y huesos puntiagudos ¡qué triste se sintió! Algo andaba muy mal aunque Daniela intentara ocultarlo.

El corazón de Daniela, sonaba como una locomotora.  
— ¿Te sentís bien? — le preguntó mirándola bien dentro de sus ojos ahora sin brillo.

— Sí, perfectamente.

— Daniela yo... — qué le iba a decir, que era todo esqueleto, que ya no quedaba ni la mitad de ella, que su sonrisa ya no sonreía. — Negrita, cuidate ésí? Vuelvo pronto pero igual te llamo a medianoche del 31.

— Vos también cuidate. Conmigo está todo bien. No te hagas problemas. Estoy bien. Vos divertite. Y no te olvides de mí cuando den las 12. Yo voy a brindar por vos. ¡Te quiero un montón! Bueno, mejor andate que vas a perder tu micro.

## CAPÍTULO 21

La partida de Juan la dejó destruida. Por primera vez se había preparado para la invitación habitual y esta no había llegado. Todas sus esperanzas de ser feliz a su lado se esfumaron. No queriendo dejarse invadir por tamaña tristeza se encerró. De ahora en más, sería toda fachada. Nadie sabría de sus sentimientos más íntimos. Nadie sería permitido en su corazón.

Nadie la lastimaría nunca jamás.

Nunca jamás.

Jamás.

*Sí, aquí otra vez yo. Acabo de entenderlo todo. Tengo que seguir bajando de peso. No es Martina la que me separa de Juan, no, son estos malditos rollos. Cómo va a amarme. No es Martina, soy yo. Ando tan loca que ya no puedo ni dormir. Voy a tomarme esas pastillas que me dieron. En una de esas duermo unas horas.*

*Chau*

*Daniela, la gorda.*

## CAPÍTULO 22

La noche de Año Nuevo hacía un calor terrible. La temperatura no bajaba de los 30 grados y el aire estaba tan espeso que se lo podía tocar.

Igual que en los últimos tiempos, Daniela comió de todo, sonriente, mostrándose feliz como para que nadie tuviera algún buen motivo para preocuparse por su salud.

Cuando terminaron de cenar, igual que todos los días, dijo que salía a dar una vuelta. Una vez afuera, vomitó todo lo que había comido y comenzó a correr. Corría sin parar siquiera a respirar. Pero esa noche iba a ser distinta de las anteriores. El calor la abrazaba pero ella seguía corriendo. Corría como si escapara de Satanás.

— No puedo más — hablaba Daniela para sí misma mientras seguía corriendo — No puedo más, voy a caer desplomada. Pero no, tengo que seguir, todavía me faltan tres kilómetros. Me estoy mareando. Debería parar. Pero si paro, estos rollos pueden conmigo. Se me salta el corazón. ¡Ay! Tengo que parar. ¡No! Tengo que seguir. Hoy no pude controlarme y me comí todo un paquete de

pochochos, de los grandes. Todavía no lo bajé. ¡Qué tarada que soy! Siempre hago lo mismo itengo alma de gorda! Me siento mal. Tengo que seguir corriendo. Dale gordita, vamos no aflojes. Me voy a ca...

Al dar vuelta una esquina, todo se le dio vuelta. El corazón parecía querer salirsele del pecho, tan fuerte bombeaba. Ya sin sentido cayó desmayada en la vereda.

Silvestre, quien después de brindar con los suyos pasó por la casa de Daniela a saludarla, fue quien le salvó la vida. Salió a buscarla por los alrededores y como no la encontró fue por ayuda.

Él, sus hermanos y un par más de chicos la buscaron llamándola a los gritos.

¡Daniela!

Sin saberlo a ciencia cierta, Silvestre sentía que algo andaba mal. Corría llamándola cuando llegando a una esquina algo lo hizo tropezar.

— ¡Daniela! ¡Daniela! — sollozaba intentando levantarla sin lograrlo. Los otros chicos al escuchar su aullido acudieron presurosos. Entre cuatro la levantaron a upa y la llevaron al hospital más cercano.

– ¡Corré a avisarle a los padres! – Ordenó Silvestre al más chiquito – Deciles que la estamos llevando al hospital de aquí a la vuelta.

## CAPÍTULO 23

— ¡Doctora Wercman! ¡Doctora Wercman! — Seguía llamando el altoparlante del hospital — ¡Doctora Wercman, urgente preséntese en emergencias!

— ¡Ya estoy! — hablaba Susana Wercman para el altoparlante y para sí misma.

Al entrar en la sala de guardia y ver a Daniela sobre la camilla, de un solo pantallazo entendió de qué se trataba. Daniela no era la primer muchachita que entrara con ese aspecto.

De todos modos para confirmar su diagnóstico inicial, le abrió la boca y miró en su interior. Allí estaban en el fondo de la misma las huellas que buscaba.

— ¡Urgente! — Ordenó la doctora Wercman — Necesito ya analizar su orina y su sangre. Busquen su índice de potasio.

— Nos llevará una hora de laboratorio — dijo uno de los médicos de la guardia mientras se preparaba para sacarle sangre mientras otro buscaba la cánula para extraer orina de la vejiga de Daniela.

— ¿Qué indica el ECG (electrocardiograma)? — preguntaba la doctora.

— Recién lo comenzamos, pero ya entendí lo que buscás.

— Colóquenle ya un suero — decía mientras tomaba la mano derecha de Daniela en sus manos. Allí estaba otro de los indicadores. Sus dedos, índice y mayor estaban raspados a la altura de los nudillos.

— ¿Quién la trajo?

— Un grupo de muchachos, pero me parece que la familia ya llegó y están esperando afuera.

— Qué bien, ya salgo a hablarles.

— ¡Vamos, nenita linda! ¡Vamos no te vayas! ¡Fuerza carajo! ¡No te vayas! ¡Respirá! ¡Respirá chiquita! — decía un médico jovencito.

— ¿Qué tomaste? — seguía preguntándole creyendo que no obtendría respuesta alguna de Daniela — ¿Qué tomaste linda?

¿Linda? ¿A mí me estaban hablando? Pensaba Daniela mientras luchaba contra la muerte.

En el pasillo...

— ¿Ustedes son la familia de...

— De Daniela — contestó enseguida el padre.

— Vengan por aquí — dijo la doctora Susana Wercman conduciéndolos a una salita — aquí vamos a poder conversar tranquilos.



— ¿Qué tiene? ¿Está bien? ¿Se va a mo... — no pudo terminar la frase porque el llanto que tenía contenido irrumpió.

— No, ahora no, pero el tratamiento de esto no es simple y vamos a necesitar mucho la colaboración de ella y por supuesto de ustedes.

— Sí, claro, cuente con nosotros para lo que sea — respondió el padre — pero ¿Qué tiene?

— Está muy muy débil, deshidratada, con una arritmia cardíaca muy pronunciada debida probablemente a la falta de potasio que se produjo a ella misma con los vómitos. Y a todo esto ¿desde cuándo toma pastillas y vomita?

— Ella no hace eso — dijo apenas en un susurro la madre.

— Sí, ella lo hace. La pesqué el otro día en el baño — agregó Martina muy avergonzada.

— ¿Y por qué no nos dijiste? — la increpó el padre.

— ¿Toma pastillas y vomita? — Preguntó la madre asombradísima — nosotros no lo sabíamos ¿cómo fue que no lo vimos? ¿Cómo no me di cuenta? — y ahora levantando la vista hacia la Dra. Wereman le preguntó — ¿Cómo sabe usted que Daniela toma pastillas y vomita?

— Lamentablemente Daniela no es la primera paciente que llega a la guardia de un hospital en estas condiciones. Son muchísimas las que hacen este tipo de cosas sin darse cuenta de cómo se deterioran la salud. Existen algunos signos que las delatan. Ellas para complacer a su familia comen la misma comida que todos, pero luego la vomitan introduciéndose los dedos en la garganta. ¿Ustedes no sabían que ella tomaba pastillas?

— No — confirmó el padre.

— Esto es lo más habitual. Las chicas esconden el “tratamiento” que hacen. Y digo chicas porque en su mayoría son mujeres jóvenes aunque ahora cada vez más muchachos caen en la trampa. Por suerte no hace mucho que comenzó con esto de los vómitos. Al vomitar se pierde muchísimo potasio y esto resulta en arritmia cardíaca. De todos modos no nos adelantemos. Esperemos que recupere su conciencia.

— ¿Está inconsciente? — preguntó alarmada la madre.

— Sí, pero va a recuperarse. Ya le estamos pasando suero y le haremos todo lo necesario. Tengo que esperar los resultados del laboratorio que confirmen mi diagnóstico inicial. Si estoy en lo cierto le daremos potasio, sodio, la hidrataremos y

alimentaremos muy lentamente pues caso contrario, le revienta el estómago. Pero no se preocupen, todo va a estar bien – dijo para darles aliento.

En realidad no siempre las cosas salían bien. Dependía de una serie de factores tales como la colaboración de Daniela, de sus padres y de todos los que la rodeaban.

Afuera del hospital, en las escalinatas, esperaban Silvestre, sus hermanos y todos los chicos alumnos que se enteraron. Algunos lloraban, otros hablaban en voz muy baja como si pudieran despertar a alguien y otros caminaban silenciosamente en redondo. El cuadro era realmente conmovedor.

Al verlos allí, la madre de Daniela corrió a abrazar a Silvestre...

– ¡Gracias, hijo! ¡Gracias! – dijo sollozando – si no hubiera sido por vos.

– No digas más, señora – le contestó Silvestre suavemente al oído – ya, ya...

– ¿Se va a morir mi maestra Daniela? – preguntó el más chiquitín de los hermanos.

— No, creo que no, espero que no — respondió la madre — especialmente si ahora trabajamos todos juntos para ayudarla, creo que va a salir adelante.

— Seguro que la vamos a ayudar, con todo lo que ella hizo por nosotros, con todo lo que la queremos.

Desde Entre Ríos, Juan llamó para saludar por el Año Nuevo.

— Daniela está en el hospital — le informó una tía.

— ¿Qué le pasó? — preguntó asustado.

— Todavía no lo sé. Estoy esperando a que vuelvan o me llamen. Yo también estoy asustada. Los últimos tiempos estuvo muy rara, no sé qué pensar.

— Sabe qué, dentro de una hora sale un micro a Buenos Aires, cuando amanezca estaré allí — respondió impulsivamente.

— Pero todavía no sabemos qué tiene ¿no querés esperar?

— No, no quiero esperar, demasiado ya esperé y la hice esperar. Ojalá aún esté a tiempo para ayudarla y decirle que la amo, que siempre, gorda o flaca la amé, pero no me atreví, tenía miedo de lo que iban a decirme los demás — y diciendo esto se largó a llorar.

Daniela había sido desde siempre su amor más secreto, su amor más profundo. Sin saber por qué, se sentía culpable, como si algo de lo que hizo o de lo que no hizo, fuera la causa de lo que estaba sucediendo.

Su micro llegaría al despuntar el sol a la Estación terminal en Retiro. De allí al hospital tenía unos pocos minutos de colectivo urbano.

Viajó toda la noche sin poder dormir un solo ratito. No podía dejar de pensar en Daniela. ¿Cómo se sentiría? ¿Lo reconocería? ¿Qué había sucedido? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿POR QUÉ?

Con todos estos interrogantes llegó al hospital. Daniela aún dormía, conectada al suero. Se la veía tan chiquita, tan frágil. Pidiendo permiso con la mirada a la enfermera que la cuidaba, le tomó una mano.

¡Cuánto había esperado Daniela esa sensación! Esa mano tan conocida, itan amada! Con gran esfuerzo entreabrió los ojos ¡Juan! Pensó pero no pudo decirlo. Le faltaban las fuerzas.

¡Mi amor! — ¡Mi amor! — y las lágrimas acudieron prestas a sus hermosos ojos. No sólo las lágrimas sino el entendimiento cabal de su sentimiento tan guardado por tantos y tan largos años. ¡Mi amor!

## Capítulo 24

— La recuperación de Daniela no va a ser sencilla — explicaba la Dra. Susana Wercman — primero va a tener que darse cuenta que esta enferma y que por lo tanto necesita ayuda para curarse. Va a tener que aprender a comer correctamente sin sentir que al engordar un poco, está destruyendo su ser. Todo lo contrario. Tal como dijera una vez una sabia maestra, “para ser lo que sea, primero se necesita ser”. En este caso le diría que para ser delgada, primero se necesita ser y con las dietas de hambre, bueno, ustedes ya saben lo que sucede.

Además va a tener que revalorizarse. Cada uno es como le tocó ser y por lo que he podido apreciar en este par de días, Daniela es muy querida por muchos y muy variado tipo de personas y personitas. He escuchado de su trabajo social, de sus aspiraciones de igualdad, de su enorme dedicación hacia los chicos de la calle, que dicho sea de paso, no han dejado de custodiar el pasillo del hospital.

Y ni hablar del papel de Juan en la vida y en el corazón de Daniela. Vamos a tener que trabajar todos juntos y sé que cuento con ustedes para todo.

— Por supuesto, para lo que sea — contestó presurosa Martina.

— Ya que sos vos la primera en hablar, quiero advertirte aunque no me lo hayas preguntado, que vas en camino a terminar igual que tu hermana ¿me equivoco?

— Pero yo no tomo pastillas ni nada raro — se defendió Martina.

— Pero desde siempre fue así delgadita. Desde que se hizo señorita — decía el padre.

— No hace falta — le contestaba la doctora a Martina

— Para enfermar basta comer muy poco, mal balanceado y gastar muchas más energía que las que se consumieron. Tu aspecto habla por sí solo. Mi especialidad es la nutrición. Soy médica nutricionista, por eso me llamaron para atender a Daniela cuando llegó aquí. Como verán, yo tampoco soy gorda. No voy a intentar engordarlas a ustedes por demás. Amén, que estar sobrepasado de peso tampoco es sano. Se reciente el corazón y todo el cuerpo en su conjunto. No me tengan miedo. Yo trabajo con un equipo interdisciplinario. Somos varios para apoyarlos desde distintos ángulos pero, sin vuestra colaboración es nada lo que podemos hacer

– La doctora tiene razón. Tengo terror a engordar. Quiero ser perfecta.

– Ahora que sabemos de qué se trata, no se preocupe, vamos a apoyar a las chicas con todo nuestro ser, con todas nuestras fuerzas – dijo la madre.



## Capítulo 25

Los primeros días, Daniela no quiso entrar en razón. No confiaba en nadie. Temía engordar un solo gramo. Como si perdiera el control de la cosa si engordaba un poco. Con mucha paciencia y conocimientos específicos, la Dra. Wercman y su colega la Lic. en Psicología lograron que Daniela confiara en ellas. Recién entonces, esto fue al tercer día, le dieron de alta en el hospital, comprometiendo a todo el grupo familiar a seguir tratamiento a partir del día siguiente.

Querido amigo, aquí estoy otra vez en casa. Te extrañé. Fue tan difícil y esto recién empieza. Fue como una enorme pesadilla y ahora me cuesta muchísimo terminar de despertar. Por suerte no estoy sola. Conmigo luchan mi familia, Silvestre y los pibes y por supuesto Juan. Ya empiezo a ser alguien.

Tu amiga Daniela

Como Juan no se atrevió a decírselo personalmente, se lo escribió.

“Daniela, mi amiga, mi amor. Me siento tan mal, tan responsable. De sólo pensar que podrías haber muerto, se me rompe todo en mi interior. Sos la luz de mi vida y tuviste que llegar a esto para que yo me despabile. Lo sos todo para mí. De tarado, de cobarde, no me animé a enfrentarlo. Me daba miedo salir con vos que estabas gordita y hacer el ridículo delante de los demás. Al final lo único que logré fue hacer el ridículo ante mí mismo. Vivir para los demás y no con los demás. Era yo el que estaba enfermo. Enfermo de la cabeza. Por eso te pido otra vez disculpas. Te quiero. Tu amigo del corazón.

Juan”

Por suerte, Daniela pudo comer bien y engordar 5 kilos en un mes y medio. Con 55 kilos se sentía más o menos bien. Cierta nostalgia por esa imagen frágil que le devolvía anteriormente el espejo le quedaba pero, entendía desde lo intelectual y también desde lo corporal que así estaba mejor.

Juan le había dedicado casi todas sus horas las primeras semanas. No la dejó a solas ni a sol ni a sombra hasta que sintió que Daniela se iba

recuperando y podía cuidarse a sí misma, especialmente de sí misma.

Esto no significó abandono alguno. Muy por el contrario, la relación era tan estrecha y firme que la sentían viviendo cada uno su propia vida.

A fines de Febrero, Juan decidió invitar a Daniela a pasar los Carnavales en Entre Ríos en la chacra de sus tíos. Daniela aceptó de muy buena gana. Deseaba enormemente divertirse y alejarse un poco de Buenos Aires y de todas las presiones que había vivido. Unos días de vacaciones le venían como anillo al dedo.

Una de las cosas más lindas de los Carnavales era el gran baile que organizaba la Sociedad de Fomento de la zona a orillas del río Paraná. Todo lo preparaban los lugareños. Unos traían empanadas, otros bebidas, otros pastelitos y cosas dulces. También, sobre un gran elástico de cama, utilizando como parrilla preparaban memorables "choripanes". La sociedad de fomento contaba también con un conjunto folclórico y una excelentísima banda de Jazz. Perfecto era poco, ni siquiera la luna faltó esa noche de baile de Carnaval.

Daniela y Juan vivían como en un sueño. Sin embargo, tan real como la música que los acompañaba. Bailaron zambas y chacareras, blues o

rocks. Bailaron hasta quedar rendidos, muy juntos, muy estrechados uno al otro. Sentían sus mútuas tibiezas y perfumes.

— Daniela, yo quiero decirte que...

— ¡Shhh! — susurró ella al oído de Juan — ¡Shhh! — y movida por el mismo impulso que una vez, hace muchos meses la llevó a abrazarlo, lo besó. Lo besó con toda la pasión que cabía en su ser. Lo besó con ardor y con ternura. Lo besó con amor, con muchísimo amor.

Juan, conmovido hasta la médula de los huesos, recibió cada uno de estos besos con enorme emoción, al tiempo que acariciaba el cabello, el cuello y los hombros de Daniela.

— Vayamos al río — invitó Juan comenzando a caminar de su brazo.

A la luz de la luna conversaron desnudando sus interiores.

— Te juro que siempre te amé y siempre te amaré — decía Juan — Gordita o flaca, joven y viejita. Sos la mejor persona que conozco en este mundo y sólo con vos quiero compartir mi vida y la de nuestros hijos. Solemnemente, sacó del bolsillo de su vaquero una cajita y se la entregó.

Al abrirla, Daniela encontró dos anillos, dos sortijas. Sin decir palabra, Juan tomó una de ellas y la colocó en el dedo de su amada. Luego sin dejar de llorar de emoción y alegría, Daniela hizo lo mismo con Juan. Una vez más se abrazaron, lloraron y besaron con amor, con entendimiento, pasión y aceptación. Se admiraban, respetaban y amaban ¿qué más podían pedirle a la vida?

¡Salud!

## EPÍLOGO

Los tratamientos de Daniela y Martina no fueron fáciles.

Nunca lo son en estos casos. Hubo muchas marchas y contramarchas. Idas y venidas.

Por suerte, a pesar de haber llegado a estar internada en una urgencia hospitalaria, la enfermedad estaba relativamente en sus comienzos.

Con Martina fue un poco más difícil pero gracias al apoyo de sus padres, de Daniela, de Juan y del equipo médico, pudo salir adelante sin grandes machucones.

Aprendiendo a comer bien. Sano y rico.

Olvidaron las comidas “light” y “diet”.

Olvidaron la esclavitud del espejo.

Intentaron, aún lo intentan, resolver el paradigma “¿Por qué autodestruirse cuando en realidad desean construirse y especialmente ser bien amadas?”

¡Liberaron sus imágenes!

## DESDE LA MEDICINA

La anorexia nerviosa y la bulimia, son enfermedades psicósomáticas complejas, caracterizadas por una forma “rara” de alimentación, que se convierte en el foco central de la vida de esa persona.

Se presenta mayormente en mujeres preadolescentes y adolescentes. Aunque cada vez más son los hombres quienes la padecen.

La anorexia y la bulimia, a pesar de sus diferencias, pueden pensarse como variantes de una misma alteración: el temor irracional y obsesivo de volverse obeso.

Sin embargo, a mi entender, la anorexia y la bulimia son la cara visible de alguien que no se siente bien querido/a siendo quien es.

En un porcentaje demasiado alto, llevan lamentablemente a la muerte.

¿Lo sabías?

## DESDE LOS VALORES

La presión cultural por una preocupación por la apariencia física es enorme. A tal punto que el logro de la **PERFECCIÓN EN LA FORMA CORPORAL**, es el objetivo principal de la vida de muchísimas personas.

A veces, en los casos extremos, no es el objetivo principal sino, el **ÚNICO OBJETIVO**.

Los **DICTADOS** (¿dictaduras?) de la moda, nos imponen modelos, modelos de enfermedad.

¿Con qué derecho?

¿Por qué, a pesar de ser nosotros personas inteligentes y supuestamente libre—pensadores, **PERMITIMOS** que se nos diga **CÓMO** hay que ser para **SER**?

¿Lo pensaste?



## PEDIDO ABIERTO A QUIEN LEA ESTE LIBRO

El deseo más profundo que me llevó a escribir “Daniela, la otra historia”, es la prevención.

¿No están hartos de que les digan CÓMO tienen que ser para ser, QUÉ tienen que vestir, QUÉ aspecto hay que tener, a QUIÉN parecerse para PODER SER?

Y ahora mi pedido:

Si te reconocés en alguna de estas “cuestiones”. Si sentís que sin hacer dieta o cuidarte con la comida no podés vivir. Si te aterra salir porque no sabés qué ponerte. Si “verte” gordito o gordita, o que te “vean” con un gordito o gordita, te hace sentir persona de menor valor que otras. Pensá, conversá con tu familia, charlá con tus amigos y si no podés solo o sola con todo ¡CONSULTÁ!

Antes que se te instale la enfermedad CONSULTÁ CON UN MÉDICO.

La mentira más grande que nos quieren hacer creer, es que la gente flaca es más feliz que el resto ¡MENTIRA!

¡SUERTE!

Adriana Strupp

Para comunicarse con la autora:

adrianastrupp@yahoo.com.ar

## **OTROS TÍTULOS PUBLICADOS**

**de Lic. Adriana Strupp**

### **Clara ¿tenía que oscurecerse?**

**(para jóvenes de 13 años en adelante)**

Clara es una obra que nos sumerge emotiva y racionalmente en la historia de una joven que por ignorancia es contagiada con el virus del SIDA de la forma más absurda y cruel: amando.

Su lenguaje es sencillo y directo.

“Clara” nos pega al corazón.

Agrega al saber intelectual el componente emocional: los afectos en juego.

¿Cuáles son los tabúes en juego?

“Clara” es un intento de quebrar el cortocircuito que existe entre lo que se piensa, lo que se siente y lo que se hace.

Nos da la posibilidad de prever.

¡Clara no tenía que oscurecerse! ¿Y nosotros?

### **Escuché que alguien lloraba**

(para jóvenes de 13 años en adelante)

Un grupo de jóvenes y fantasmas de los que ya no están, nos dan su testimonio.

¿Qué empuja a un joven a consumir desbordante cantidad de alcohol o drogas de distintas clases?

¿La soledad? ¿Las compañías? ¿El futuro? ¿La falta de futuro? ¿Padres permisivos? ¿Padres autoritarios? ¿Los valores? ¿La noche? ¿Porque todos lo hacen? ¿Porque sí o porque no?

Millones serían las preguntas que nos podemos hacer y seguiríamos sin la respuesta adecuada. Sin embargo, tenemos que encontrar la respuesta.

Todos lloramos ¡escuchémonos!

### **Paloma ¡hay que seguir volando!**

(para jóvenes de 13 años en adelante)

“...Merecer la vida es erguirse vertical más allá del mal, de las caídas.

Es igual que darle a la verdad y a nuestra propia libertad la bienvenida.

Eso de durar y transcurrir

no nos da derecho a presumir  
porque no es lo mismo que vivir  
¡Honrar la vida!...”

Eladia Blázquez

Lucía Rivarola es una joven muy agradable, muy comprometida con el bien y los demás.

Lucía Rivarola es una joven que sin saberlo está repitiendo la vida de otra joven.

Lucía Rivarola, a los 17 años descubre que no es quien cree ser.

Porque años atrás la historia, nuestra historia, la historia argentina ensombreció.

Porque ahora, y sólo iluminando nuestro pasado, vislumbraremos el futuro.

Porque la vida es esperanza a pesar de todo.

Por eso hay que seguir volando.

## **Daniela, la otra historia**

(para jóvenes de 12 años en adelante)

**¿Qué estamos dispuestos a dar de nosotros para pertenecer, para ser aceptados por los demás?**

“... Daniela: Todo hubiera dado por ser aceptada.

Todo.

¡Hasta mi vida!...”

Daniela es una joven adolescente como tantos otros que movida y empujada por los comerciales y por la discriminación que sufre por ser gordita, llega a la triste conclusión que **PARA SER ALGUIEN, PARA SER ACEPTADA, PARA SER QUERIDA, PRIMERO TIENE QUE SER FLACA, CASO CONTRARIO ¡NO EXISTE!**

Del diario de Daniela de 15 años :

“... quizás algún día se den cuenta que mi nombre no es “la gorda”.  
Me llamo Daniela. Todo daría por ser aceptada. ¡Todo!  
¡Hasta mi vida!”

Daniela y Martina son hermanas. Una gorda, la otra flaca.  
Ambas sufren de desórdenes alimenticios. Pero ¿qué se esconde  
detrás de estos desórdenes? ¿Cuál es el sufrimiento verdadero?  
Descubrílo junto con ellas.

Esta “otra historia” escrita sencilla y cálidamente por Adriana Strupp,  
introduce en un relato interesante y emotivo el preocupante tema de los  
trastornos alimenticios: bulimia y anorexia que han tomado en nuestro  
país características alarmantes.

Dra. María Luisa Ageitos  
Médica Pedriatra  
Lic. en Salud Pública  
ex Presidenta de la  
Sociedad Argentina de Pedriatría

Un libro para “darse cuenta a tiempo” y para compartir con otros mensajes  
de vida. Una obra para leer, pensar y actuar.

María Clara Pecorelli  
Directora del Colegio Piaget  
de San Isidro



ISBN 978-987-33-7987-1